

bia prometerse despues de una ausencia de mas de nueve años, empleados en el triunfo de la santa Sede. Pasados algunos dias se trasladó al palacio de Letran, anunció el concilio que debia celebrar en él, y en seguida envió las letras de convocacion á los varios estados de la cristiandad.

4. Entretanto la elocuencia y actividad del cardenal Julian, á quien habia enviado á Hungría en calidad de legado, volvieron á escitar la fe y el valor en este reino y en todos los paises inmediatos; y se armó por todas partes para oponerse al formidable Amurates, Emperador de los turcos, que á la sombra de la division que desolaba á la Hungría, amenazaba arrebatár su trono á los dos competidores que se le disputaban. Despues de la muerte del Emperador Alberto, que no habia dejado para sucederle en Hungría mas que la criatura de que quedaba en cinta la Emperatriz, dudando los grandes si seria varon, habian ofrecido esta corona á Uladislao, Rey de Polonia, el cual la aceptó. Habiendo dado á luz en este tiempo la Emperatriz un niño, á quien llamó Ladislao, hizo que le coronasen. La guerra encendida con esta ocasion en la Hungría, pareció á la equidad musulmana una razon decisiva para acometer á los húngaros. Los polacos y los válacos les enviaron las mejores tropas que tenían de infantería y caballería; y como el Papa habia hecho predicar la cruzada en paises remotos contra una opresion tan odiosa, llegaron de Francia y de Alemania muchos voluntarios generosos. De este

modo el ejército cristiano, que era ya bastante numeroso, se hizo infinitamente mas respetable con las tropas escogidas de que se componia.

5. Se atravesó el Danubio con intrepidez: cayó en poder de las tropas combinadas la ciudad de Sofia, que se cree ser la antigua Sárdica, famosa en la historia de los concilios; se tomaron de paso otras muchas plazas; y como el Rey Uladislao hubiese recibido aviso de que los turcos se adelantaban hácia el rio Morava, destacó con diez mil caballos á Juan Corvino, mas conocido por el nombre de Huniades, para que los sorprendiese de noche. Este héroe era entonces vaivoda ó gobernador de Transilvania, y general de las tropas húngaras y polacas, á las cuales habia acostumbrado á combatir contra todas las fuerzas musulmanas. En el año precedente habia conseguido tres victorias famosas, una delante de Belgrado, obligándolos á levantar el sitio que habia durado siete meses, y las otras dos en Transilvania. Era su nombre tan temido de los turcos, que se estremecian sus hijos cuando le oían pronunciar. Los mismos genizaros, dándole aquellos epitetos injuriosos que son tan honoríficos en boca de un enemigo armado, le llamaban comunmente Juan el perverso.

Egecutó con tanta felicidad este rayo de la guerra la órden de Uladislao, que se precipitó sobre los turcos cuando menos lo esperaban, hizo en ellos una carnicería horrible, y los desbarató completamente, sin perder mas de quinientos hombres. To-

das las inmediaciones de la cristiandad quedaron libres de infieles despues de esta victoria, y el ejército cristiano penetró sin dificultad hasta las fronteras de Tracia y Macedonia. Allí derrotó cerca del monte Hemo otro ejército que había llevado de Asia Amurates para defender los desfiladeros de las montañas. Su general Carambei había recibido orden de estarse á la defensiva, y se le prohibió absolutamente entrar en una acción general; pero aquel asiático fogoso no consultó mas que su audacia, y viendo el corto número de cristianos, infinitamente desproporcionados á la multitud que tenía él á su mando, y agoviados por otra parte con la aspereza de los caminos, con la dificultad de la subsistencia y con la inclemencia de la estación, cayó de repente sobre ellos la víspera de Navidad. Sus mejores tropas fueron pasadas á cuchillo al rededor de él; las demás se dieron á la fuga, y quedó prisionero el mismo general. Los historiadores varían asombrosamente acerca del número de los infieles que perecieron en la refriega, asegurando unos que llegaron á treinta mil, y otros que no pasaron de seis mil; pero convienen todos en la extraordinaria impresión que hizo en los turcos esta batalla, no solo por la grande idea que formaron del valor europeo, cosa que entonces era enteramente nueva para ellos, sino tambien y con mas particularidad por haber quedado prisioneros cuatro mil de sus mas valientes soldados, entre los cuales había trece bajaes. Sin embargo, como los demás turcos estaban acantona-

dos en las montañas, temió el Rey Uladislao internarse mas, y regresó á Buda, donde para cumplir el voto que había hecho fue con los pies descalzos á la iglesia de nuestra Señora, y en medio de las aclamaciones de toda la capital colgó en la media naranja nueve banderas que había cogido á los enemigos de la Religión.

6. Scanderberg, no menos digno que Huniades de ser nombrado en los fastos de la Iglesia, mandaba en la batalla del Morava una division del ejército de Amurates; pues tenía toda la confianza de este Emperador, á pesar de que era hijo de padres cristianos, y de que debía serle sospechoso por otras muchas razones (1). Era su padre Juan Castrioto, que había sido obligado por Amurates á entregarle la ciudad casi inconquistable de Croya, su capital, á fin de conservar el resto de su pequeño reino, y á darle sus hijos en rehenes para entera garantía de su fidelidad. Jorge, que era el mas jóven de los cuatro, fue tan estimado de su tirano por su buena presencia y por sus escelentes cualidades, que le tuvo en su palacio, le trató familiarmente, y cuidó que se le instruyese con esmero en la religion mahometana, y en todo lo que podia contribuir á formar un turco distinguido. Le mudó hasta el nombre de Jorge en el de Scanderberg, que quiere decir señor Alejandro, llamándole así por su alta estatura, por su fuerza prodigiosa y por su elevación y firmeza de ánimo que cada dia se manifes-

(1) *Rain. ann. 1443. Chalcond.*

taban mas y mas. Habiendo experimentado de mil modos su intrepidez, sin omitir aquellos desafíos bárbaros en que los dos campeones medio desnudos y con el puñal en la mano median sus fuerzas en una misma cuba, le confió el mando de numerosas tropas, y recibió de él grandes servicios, así contra los cristianos de Europa, como contra los infieles de Asia. Le habia prometido restablecerle en el trono de su padre; pero habiéndose apoderado de la Albania el pérfido sultan despues de la muerte de aquel, y quitado la vida con veneno á los hermanos de Scanderberg, tomó esta alma generosa y sensible la determinacion de quitar por lo menos la herencia de sus deudos al que los habia asesinado.

Habiendo concertado su plan con Huniades, segun parece muy verosimil antes de la batalla de que acabamos de hablar, y fingiendo, durante la accion, que se replegaba con el cuerpo de tropas que estaban á sus órdenes, acometió á la parte mas fuerte del ejército turco, le desbarató y le derrotó completamente. En medio del desorden y de la confusion, cogió al secretario de Amurates, que acompañaba al general en jefe, y poniéndole un puñal al pecho, le obligó á estender un despacho para el gobernador de Croya, mandándole que entregase la plaza y el gobierno al portador de aquella comision. Luego que obtuvo el despacho, quitó la vida al secretario y á los pocos turcos que se hallaban presentes, para que no pudiese el sultan

tener noticia de la empresa hasta que estuviese ejecutada. Va volando á Croya, presenta la orden, se le entrega la plaza, y se da á conocer á sus pueblos, que llenos de alegría porque iban á sacudir el yugo otomano, le proclaman Rey con un entusiasmo inesplicable. De este modo recobró el cetro de sus antepasados en el año 1443. Habiendo cautivado estraordinariamente el corazon de su pueblo y de su nobleza, á la cual supo comunicar su heroísmo, halló medios para resistir al despecho furioso de Amurates, le venció muchas veces de un modo casi increíble, y le obligó por último á concederle la paz y todos los derechos de la soberanía. Trataba con él de igual á igual en todas las cosas, y especialmente cuando importaba á la verdadera Religion, la cual volvió á abrazar con sinceridad, y la honró constantemente con sus virtudes. Habiéndole convidado Amurates con su antiguo favor, é instándole que volviese á las prácticas de la religion mahometana, le exhortó bien al contrario Scanderberg á que se hiciese cristiano, y con unas razones tan superiores, que por lo menos demostraron la desigualdad de las dos religiones. Querria que todo contribuyese á dar honor al cristianismo, hasta en los ejércitos, donde hizo que floreciese la piedad, y que por un prodigio mucho mayor reinase una pureza de costumbres que hubiera causado admiracion en una comunidad religiosa. Con los auxilios que de este modo alcanzaba de lo alto, sostuvo y aumentó su poder durante el reinado de

Amurates; y en fin, en los mismos muros de Croya le causó un ronrojo personal y unas pérdidas inmensas que acabaron con la vida del orgulloso sultán de resultas de la fuerte impresion que hicieron en su ánimo. El héroe cristiano, con su pequeño estado y el único auxilio del cielo, luchó todavía mucho tiempo contra todas las fuerzas otomanas, contra el mas formidable de los sultanes Mahomet II, á quien hizo temblar muchas veces, habiendo obtenido constantemente su aprecio, y obligándole á mirarle con admiracion, aun cuando fue preciso rendirse al peso enorme que oprimió á todo el oriente.

7. Reducido Amurates á los mayores apuros á causa del valor reunido de Huniades y Scanderberg, los dos héroes de su siglo, y de una liga formidable ajustada contra el enemigo comun de la cristiandad, entre los húngaros, polacos, venecianos, genoveses, el duque de Borgoña, que movido de su piedad se asoció á las empresas de las mayores potencias, el Príncipe de Caramania que incomodaba mucho á Amurates en Asia, y el Emperador de Constantinopla sin embargo de sus cortas fuerzas; Amurates, repito, aunque animado de un odio implacable contra los cristianos, y de un deseo no menos vehemente de engrandecer sus estados, no halló mas recurso que la paz para evitar un golpe á que no creía poder resistir (1). Envió, pues, comisionados con el pretesto de tratar del rescate del

(1) Boasin. 3. dec. c. 6. Mart. Trom. l. 21.

bajá Carambei, y por medio de ellos prometió secretamente á su suegro el déspota de Servia, á quien habia despojado de sus estados, que se los restituiria si lograba de los demás Príncipes coligados que conviniesen por lo menos en unas treguas razonables. El déspota, llamado Jorge, persuadió en primer lugar á Huniades, á quien no se escaseaban las promesas, y el cual insinuó despues sus ideas al Rey Uladislao, poco inclinado por otra parte á continuar la guerra lejos de Polonia, cuando este reino se veía amenazado de los tártaros; de forma, que con gran sentimiento, y á pesar de las reclamaciones del cardenal legado, el célebre Julian Cesarini, se ajustaron unas treguas de diez años con las condiciones siguientes: Que Amurates conservaria la Bulgaria, y que las demás posesiones que habia invadido por aquella parte serian restituidas á las personas de quienes eran antes de la guerra, y que se devolverian los prisioneros que se hubiesen hecho recíprocamente, y con particularidad los hijos del déspota Jorge de Servia. Para cimentar el turco esta paz fingida, queria que se jurase su cumplimiento sobre la hostia consagrada: cosa que no pudo tolerar la piedad cristiana, sobresaltándose con la sola idea de ofrecer en espectáculo á los infieles nuestros mas formidables misterios. Sin embargo, juraron los cristianos sobre el Evangelio, y los turcos sobre el alcorán.

Prometiéndose Amurates recobrar en lo sucesivo lo que devolvía en Europa, envió todas sus tro-

pas á Asia para oprimir desde luego al Príncipe de Caramania, abandonado, por decirlo así, á la discrecion del turco. El cardenal Francisco Condolmer, sobrino del Papa Eugenio, que mandaba la escuadra de los cristianos reunida ya en aquellas playas, dió noticia á Uladislao de todo lo que pasaba, y le instó al mismo tiempo á que protegiese con vigor, segun sus promesas, á unos aliados distantes y de buena fe que se habian portado ya con tanta grandeza de alma, haciéndole presente que nunca se habia presentado mejor ocasion que desde que el mahometano habia dejado sin tropas todos los dominios de Europa. El Emperador de Constantinopla escribió por su parte que los occidentales no podian ya diferir los socorros pedidos, sin imprimir una mancha indeleble á su memoria; que él, no solo habia desechado la paz y la alianza que le ofrecia Amurates, sino que estaba pronto á hacerle la guerra, y habia dado ya principio á las hostilidades; que en sus treguas habia procedido el turco con fraude y por sorpresa, estando dispuesto á tomar las armas en el primer momento favorable; y que si semejante conducta, familiar á aquellos infieles, detenía á los vencedores en medio de sus triunfos, vendrian á ser la fábula del universo. Uladislao, Huniades y todos los grandes del ejército, preconizados hasta entonces por la voz unánime de tantos Reyes y de tantas naciones como los salvadores de la república cristiana, empezaron á avergonzarse de su inconsideracion, y concibieron un

arrepentimiento amargo por haberse precipitado en tales términos.

El cardenal legado, á quien el torrente de las opiniones contrarias habia detenido en sus primeras reclamaciones, las corroboró entonces con aquella fuerza de raciocinio que caracterizaba su elocuencia. Suplicó encarecidamente á los gefes del ejército que considerasen bien en lo que habia parado su ligereza; que empeñando su fe con los infieles, habian violado la que dieron anteriormente á toda la Iglesia militante, al primer Pastor, que es el Vicario de Jesucristo en la tierra, á los Soberanos coligados con ellos, á todos los Príncipes y á todos los pueblos cristianos; y esto por una pequeña ventaja ilusoria, por la recuperacion de la Misia, enteramente arruinada, y en la cual volveria á entrar el musulman perjuro siempre que le conviniere. ¿Qué podrian, pues, responder al Padre comun de todos los fieles cuyas esperanzas dejaban frustradas; al Emperador de Constantinopla que subsistia armado desde la alianza que habia contraído anteriormente con ellos, y los estaba esperando para caminar á un triunfo seguro y completo; á los venecianos y á los genoveses que habian tripulado con tanta puntualidad sus escuadras; á los borgoñones, que separados del mar por tanto número de provincias, le habian atravesado ya y cubrian el Hellesponto; á todo el mundo cristiano que los acusaria de infidelidad á sus promesas, de cobardía, de perfidia, de haber atropellado todo derecho social,



y de haber afeado su nombre con una ignominia eterna, en vez de la fama inmortal que casi tenían ya adquirida.

Volviendo despues, como al punto capital de la dificultad, á la nulidad de las treguas concluidas contra unas obligaciones anteriores, los instó fuertemente á que reparasen una falta tan vergonzosa antes que se hiciese mas notoria semejante infamia. Les dijo que á la verdad debia observarse inviolablemente un juramento justo, y que de esta naturaleza era el que los obligaba con respecto al Papa y á los Príncipes coligados; pero que un juramento temerario, hecho con perjuicio de tercero y del bien público, contra un tratado precedente y en favor de un enemigo sin fe, que no habia entregado, segun sus propias convenciones, los prisioneros ni las plazas de los cristianos, era nulo y que su observancia no podia menos de desagradar á Dios, en lugar de honrarle; y que no obstante, para quitar todo escrúpulo, los absolvía de él en nombre del Sumo Pontífice. En efecto, refiere Eneas Sylvio que el Papa Eugenio escribió á su legado para que absolviese al Rey Uladislao de su juramento, y aun para obligarle con amenazas á continuar la guerra contra el turco.

8. Hizo tanta impresion el discurso del legado, que resonaron en toda la asamblea los gritos de los que pedian la guerra, aun cuando su éxito hubiese de ser desgraciado, diciendo que valia mas morir por la Religion que arrastrar una vida vergonzosa des-

pues de haber hecho traicion con ella á los que mostraban el mayor celo por su defensa. El mismo Huniades y el déspota de Servia, que habian negociado las treguas, se conformaron con el comun dictámen, éste por la esperanza de recobrar mas gloriosamente su principado, y aquel por medio de la promesa que se le hizo de establecerle Rey de los búlgaros. Tomada esta resolucion, le enviaron inmediatamente á dar parte de ella al Emperador de Constantinopla y al cardenal Népote que mandaba la escuadra. Uladislao marchó despues desde Sejedin á la Hungria baja, pasó el Danubio y atravesó la Bulgaria, sin detenerse en sitiarse las plazas y las muchas fortalezas que ocupaban los turcos, con el objeto de reunirse con las tropas embarcadas. Le alcanzó en el camino el Príncipe de Valaquia, gran guerrero, que con su destreza y valor habia defendido por sí solo su pais contra los turcos. Pero cuando vió este prudente capitán que el ejército de Uladislao estaba disminuido en extremo por haberse retirado muchos válacos y polacos, á quienes se habian dado sus licencias luego que se firmaron las treguas, sin contar los auxiliares de todas las naciones, en quienes habian estinguido el ardor marcial, hizo todo lo posible para impedir que pasase el Rey mas adelante, ó á lo menos para que esperase los varios socorros que se le prometian. „¿Qué habeis de hacer (le dijo) contra el gran Señor, con un ejército que no equivale á la comitiva que lleva cuando sale á caza?“ Siendo